

raleza cuando llegó la hora H-1. Rasgó el espacio el primer proyectil iniciador de las operaciones y a continuación empezaron a disparar las piezas de artillería. Los estruendos eran apoteósicos, el tableteo de las ametralladoras incesante, destacándose los disparos de mortero por su característica; se oían los percutores herir los cartuchos de proyección y al cabo de unos segundos como si fuera el eco, estallar las granadas, esparciendo por doquier piedras, tierra y metralla. Estuve un rato contemplando aquello que tantas veces había visto en los NO-DOS y comprobaba que también sabíamos hacer ruido tal vez más que el que sentía cuando estaba sentado en una de las cómodas butacas del Windsor antes de ingresar en el ejército, junto a mi novia (Recuerdo que era muy medrosa y cuando los reportajes eran de guerra se cogía fuertemente a mi brazo y ocultando su cabeza en mi hombro decía: ¿A ti te gusta esto?, yo no puedo soportarlo parece que estas deseando incorporarte a filas; cuando termine el ruido avísame. Y confiada y segura continuaba con su cabeza apoyada en mi hombro creyendo que caso de ser realidad, así nada le podía pasar. Realidad, odiada palabra, la verdad es que cuando me destinaron y más falta me hacía su cariño, terminamos para siempre....)

El fuego duró bastante tiempo y de una manera incesante; quedando nuestras gargantas secas con el tufo de la pólvora mal quemada. Quedó batida la zona de operaciones por las armas de largo alcance, habiendo disminuido considerablemente la intensidad de los disparos. Entonces desde una lejana cima una escuadra de transmisiones daba el siguiente mensaje del Comandante: «En orden de combate la 3ª». A pesar de que no era una guerra mortífera y sanguinaria, también nos hacía falta cierto valor para imponernos a nosotros mismos y dominar el nerviosismo natural de todo principiante en estos casos. Y como no carecíamos de él, en vez de limitarnos a ejecutar una tarea impuesta, admitimos lo establecido, pero cada cual por su propia iniciativa rompía las vallas para abrir caminos; era un ejercicio de adiestramiento y perfeccionamiento, pero caso de que hubiese existido un enemigo real nuestro valor no hubiera sido menos, rompiendo de la misma forma las alambradas, arrollando los parapetos y abriendo brecha en las líneas enemigas, irrumpiendo en sus trincheras para avanzar y llevar nuestras banderas a la victoria.

Pasamos del orden de aproximación al de combate y

guerrilleando ascendimos hasta cerca del objetivo. Debía ser la hora H 2; vi, seguido de un ruido, un cohete que despedía gran humareda. A partir de entonces cesó totalmente el fuego de las armas que protegían nuestro avance y cuando miré a la cima de antes ya estaba la persiana en función, el mensaje que atravesó los campos decía: «Al asalto». Creo que el Capitán no acabó de leerlo, ya que irgiéndose a la cabeza de la Campaña a la vez que describía con su brazo un círculo, dijo: «Compañía al asalto». Impulsados por aquella enérgica voz, fuimos trepando los pocos metros que nos quedaban de aquella montaña con el brío que siempre ha caracterizado al buen soldado español. Aquella cima creo se estremecía; los matorrales temblaban y caían segados por las ráfagas de nuestros subfusiles. Y si había alguna piedra que se mostraba reacia ante aquello, las explosiones de las bombas de mano se encargaban de pulverizarla. No pude darme cuenta de más, ya que cumpliendo con mi deber corrí entre aquella gasa de humo a la punta más alta de nuestro objetivo para clavar allí la Bandera. Ondeaba con la misma alegancia, gallardía, y honor como en tantos otros campos de combate como registra Nuestra Historia.

La 3ª del XLII con una moral insuperable y sin ningún contratiempo, había conquistado el lugar que se le designo. Nos replegamos y cantando al son de la Victoria: «Adelante siempre, prestos a la lucha en la que hemos de triunfar, Arriba España, siempre.», nos alejamos del campo de operaciones, despreciándolo, ya que teníamos valor para salir adelante de cualquier empresa arriesgada o importante que se nos designase.

Otra vez en la explanada que nos sirvió de base de partida, cuando nuestras armas aún humeaban, nuestras saharianas olían todavía a pólvora y nuestros cabellos salían desordenados del gorro, tocaron fagina. Formamos todos ordenadamente, siéndonos servida allí en plena naturaleza una abundante y succulenta comida reparadora del desgaste por el esfuerzo que realizamos aquella mañana.

Hacia media tarde emprendimos el regreso a nuestros respectivos Destacamentos formados en columna de viaje y cantando alegres canciones. Durante el trayecto pude, por casualidad, escuchar el siguiente comentario de nuestros Jefes: Mientras haya un puñado de soldados como estos, tenemos asegurada en buena parte, la tranquilidad de nuestras fronteras.

Para la colaboración en la publicación del periódico pueden tomar parte todos los que lo deseen y se crean con aptitudes para ello, cuyos trabajos escritos con letra clara y a ser posible a máquina, remitirán bajo sobre cerrado a la dirección anteriormente dicha. Una vez seleccionados los que reúnan las mínimas condiciones literarias exigidas, pasarán a turno de publicación. Los trabajos no publicables se devolverán a los interesados, en cambio no se devolverán los originales. Esperamos vuestra colaboración.